

**ZARA Y EL LIBRERO
DE BAGDAD**

FERNANDO MARÍAS

Premio Gran Angular 2008



*La luz es el primer animal visible
de lo Invisible.*

JOSÉ LEZAMA LIMA

1

PALABRAS ÚLTIMAS DEL POETA MUERTO

Es mentira que los muertos mueran cuando mueren.
A veces les alarga la vida el amor.

En tales ocasiones, los muertos, tras morir, perviven en el corazón de quienes los amaron y los recuerdan, que se convierten así en espejo temporal de su memoria sobre la tierra, en eco emocional de sus espíritus, que rebota frágil y desesperanzado, pero vivo, contra las paredes de piedra del olvido.

Si fuiste amado, los latidos de tu corazón ya intangible se alargarán como sombras de caminante solitario que busca regresar a casa antes de que se cierna la noche.

Si amaste, vivirás. No para siempre, porque el ser humano es incompatible con la magnitud de esa palabra, pero sí más allá de tu propia muerte.

Serás un muerto que no haya muerto cuando haya muerto.

Pero ¿y si nunca amaste? ¿Si caminaste sobre la tierra de puntillas, sin resuello y acobardado ante la idea del amor al acecho?

Dedico este libro a la memoria del viejo Max, que cuando yo termine de escribir tendrá toda la larga muerte por delante, y lo dedico también al futuro de la joven Zara, a quien aguarda una vida nueva ahí mismo, tras la esquina.

Max y Zara vinieron de la guerra, pero de guerras distintas acaecidas en tiempos distintos.

Max y Zara vinieron impulsados por el amor a la vida, pero eran formas de amor a la vida distintas, y puede que contradictorias.

Me crucé en su camino sin haber hecho nada por merecerlo. Pero la historia que viví junto a ellos, cuyos sucesos esenciales tuvieron lugar en poco más de veinticuatro horas, aunque también podría decirse que abarcaron casi todo el siglo xx y recorrieron el planeta de punta a punta, late en mi interior como si tuviera corazón propio, y siento la irrenunciable obligación moral de contarla.

Escribir libros es, al fin y al cabo, mi trabajo, y escribiendo uno me encontraba cuando tuve la primera noticia sobre Max.

En realidad, decir que escribía un libro es inexacto. Lo que hacía era *empezar a escribirlo*, cosa que es bien diferente, como sabe bien todo el que haya escrito alguna vez un libro o lo haya intentado. Parfraseando a Mark Twain, cuando reflexionaba humorísticamente sobre el hábito de fumar, diré que empezar un libro es –como dejar de fumar– muy fácil, facilísimo. Yo lo había hecho dieciséis veces aquella mañana de agosto en Madrid, y todavía no eran ni las dos de la tarde. Cada vez que borraba el comienzo que acababa de escribir, una vez comprobado que resultaba insuficiente, salía del archivo de Word y zanganeaba un poco: Google, internet, algún videojuego...

Solo tenía claro que deseaba empezar con una frase del cubano Lezama Lima que me encanta: «La luz es el primer animal visible de lo Invisible». Es tan intrigante, logra sugerir tantas cosas con apenas una docena de palabras... Pero que nadie me pregunte su significado, porque lo ignoro. Solo sé que me fascina...

Fue en una de esas cuando entró en mi correo electrónico un mensaje remitido desde una BlackBerry por un desconocido. Decía así:

Estimado amigo:

Soy la última persona que vio con vida al más grande poeta español de todos los tiempos antes de su trágica y triste muerte, y he contado en un libro su historia y, sobre todo, las últimas palabras que pronunció antes de expirar: cinco palabras últimas, solo cinco... Pero terribles.

Me gustaría contratarle a usted para que corrigiera el libro y le diera forma literaria correcta, con objeto de facilitar que me lo publicaran.

Desearía que nos conociéramos a fin de discutir las condiciones económicas de su trabajo. Si le parece interesante, y su horario se lo permite, le propongo, a fin de ganar tiempo, vernos hoy mismo a las cuatro de la tarde aquí, en Madrid, en el cementerio de la Florida, gracias al cual puede decirse que usted y yo nos hemos conocido. Si no me contesta, entiendo que allí estará.

Para mí, si me permite la confianza, es cuestión de vida o muerte hablar con usted. Y en cuanto al dinero, no se preocupe. Seré sobradamente generoso.

*Atentamente,
Max*

Posdata 1. Me reconocerá porque me parezco a un viejo actor de Hollywood hoy olvidado que se llama Spencer Tracy, no sé si a usted le suena.

Posdata 2. Si me he decidido a incluirle en la lista de autores a los que voy a mandar este e-mail es porque me gustó su artículo sobre el Dos de Mayo de 1808, asunto histórico que también puede decirse que tiene relación con la muerte de mi poeta.

Espero sinceramente verle a las cuatro.

Releí dos o tres veces la carta, sopesando los pros y los contras de acudir a la cita.

Entre los primeros destacaban dos: ante todo, el interés que había logrado despertarme sobre el poeta muerto, del que astutamente no daba el nombre, y también el elogio a mi trabajo, implícito en la referencia al artículo sobre el Dos de Mayo. A qué negar, aparte de eso, que la generosidad económica a que hacía referencia también era un elemento positivo.

¿Y los contras? No eran tantos, ni tan graves. El peor, el riesgo de que Max fuera un pelmazo en busca de una víctima a la que contarle sus batallitas; pero caso de resultar así, siempre podía largarme sin mayores problemas.

De todo ello, seguía pesando con fuerza mayor el nombre del poeta muerto y esas palabras, terribles palabras según Max, que le dijo antes de morir de forma «trágica y triste». Solo cinco palabras. ¿Qué mensaje terrible se puede lanzar con cinco palabras? Y el poeta, ¿quién sería? ¿Miguel Hernández, fallecido en la cárcel al final de la Guerra Civil en circunstancias que merecen sobradamente los adjetivos «trágica y triste»? ¿Gabriel Celaya, a cuyo final se podría muy bien añadir un tercero, el de «ver-

gonzante», pues murió en la miseria y el abandono cuando nuestra democracia era ya un hecho consumado donde los ancianos, y más si son grandes poetas, no deberían morir en la miseria y el abandono? Gabriel Celaya murió sin nada, cierto; pero dejó escritos estos versos esenciales: «Maldigo la poesía concebida como un lujo cultural por los neutrales, que lavándose las manos se desentienden y evaden. Maldigo la poesía de quien no toma partido hasta mancharse». Y con ellos definió la frontera invisible ante la cual, antes o después, los creadores de verdad han de pararse para decidir si consagran su carrera al compromiso con el ser humano o a la invención de un entretenimiento legítimo, pero simple y caduco. Si Max era tan viejo, pudo ciertamente haberlos conocido a ambos, Hernández y Celaya.

Busqué fotos de Spencer Tracy en un libro sobre el viejo Hollywood. Para muchísimos, entre los que me cuento, Tracy es uno de los grandes actores de todos los tiempos; y para muchos, directamente, el mejor que ha habido. Al final de su vida, rechoncho y con el pelo blanco, interpretó al protagonista de *El viejo y el mar*, la novela corta y maravillosa de Hemingway en que un viejo pescador, solitario y casi vencido por la vida, se empeña en luchar contra el mar, y pierde, pero también gana. Max, como Tracy, podía ser un actor; es decir, un mentiroso en cierto sentido, un impostor. Pero lejos de hacerme recelar, la conjunción de circunstancias avivó mi interés e incluso mi simpatía. Al fin y al cabo, un escritor también es, en cierto sentido, un mentiroso. Y justo en ese momento, por causa de tan simple reflexión, decidí que sí, que quería conocer a Max. También influía el lugar de la cita: el cementerio de la Florida, que me había deparado, no mucho

tiempo atrás, unos momentos mágicos que nunca había contado a nadie, y me intrigaba que Max subrayara la importancia del lugar. ¿Azar?

¡Pero si el azar no existe!

Apagué el ordenador. Me sobraba tiempo, pero aun así resolví ir en coche. En el rellano, antes de echar la llave, me detuve unos instantes para ejecutar exactamente los mismos gestos que llevaba haciendo durante la última semana.

Metí la llave sin girarla, inspiré hondo, volví la cara hacia la puerta del vecino, situada a mi izquierda, y bajé la mirada hacia la ranura inferior de la puerta. A los dos o tres segundos observé lo que venía siendo habitual en los últimos días: una sombra oscureció levemente, cortándola como un cuchillo, la luz natural del interior del piso de al lado. Allí estaba, espiándome como siempre, el hombre que hasta no mucho antes había sido mi amigo.

¿Por qué me espiaba Waleed, mi vecino árabe, o mejor dicho, mi ex amigo árabe?

Cuando alquilé el piso, bastantes años atrás, él ya estaba aquí. Debía de llevar al menos una década en la casa. Aunque nació en Bagdad, se trasladó a España muy joven para estudiar. Aquí se casó con una española que estudiaba medicina y, aunque acabaron por separarse, él decidió quedarse en nuestro país. Simpatizamos enseguida; no solo porque vivía solo, como yo, sino también, o sobre todo, porque ambos nos dedicamos a los libros, él como historiador y también traductor al árabe de autores españoles importantes. Gracias a mí descubrió la literatura de Pío Baroja, algo de lo que estoy orgulloso. Le hablé de *La busca*, esa gran novela sobre el miedo que tenemos los seres humanos, todos los seres humanos, a perecer en la

lucha que emprendemos cuando buscamos nuestro lugar en la vida. Una noche que cenamos en mi casa, hace ya mucho, saqué mi viejo ejemplar de *La busca* y le leí ese principio maravilloso en que tres relojes dan a la vez una hora distinta, el primero las doce, el segundo las once y el tercero la una. «Cuál de los tres relojes estaba en lo fijo?», se pregunta Baroja. Una hermosa y gráfica reflexión sobre la relatividad de las cosas. Waleed, fascinado, se llevó mi viejo ejemplar para estudiar su posible traducción y al día siguiente me regaló, como prueba de amistad, una hoja manuscrita de su puño y letra con ese principio de los relojes de *La busca* en árabe. Todavía debo de tenerlo por ahí. Y me mostró el trabajo en el que estaba inmerso, la traducción ya bastante avanzada de *La Fontana de Oro*, primera novela que escribió Benito Pérez Galdós, autor que le gustaba muchísimo y que pretendía introducir en el mercado editorial de su país. A veces pienso que la pasión por la literatura será, algún día, la causa de nuestro reencontro. Los que amamos los libros somos así de soñadores, así de ingenuos o así de imbéciles.

Durante las semanas anteriores a la Guerra de Irak, que comenzó en marzo de 2003, Waleed se mostraba muy militante y combativo, por supuesto, en contra de la invasión, y le enorgullecía la oposición casi unánime de la que consideraba su segunda patria, España, ante ese ataque ilegítimo que tan catastrófico y moralmente repulsivo ha terminado por evidenciarse. Pero luego, cuando la guerra comenzó a pesar de todo, y pasaron días y más días en el conocimiento de que su tierra y su familia se hallaban bajo el fuego, Waleed empezó a apagarse, se entristeció irrevocablemente, dejó de salir, de ver a sus amigos... También optó, hará cosa de un año, por enfriar nuestra relación,

elección que naturalmente respeté aunque no la comprendiera. En los últimos tiempos se ha refugiado aún más en sí mismo, y las veces que nos cruzamos me limito a saludarle con alguna fórmula retórica a la que muchas veces ni siquiera contesta. Tal vez para, a pesar de todo, disculparlo, achaco su antipatía al hecho de que el dueño del inmueble donde vivimos ambos quiere vender el edificio, y conspira continuamente para echarnos a todos los inquilinos, sin distinción de credo, raza o color. Desde hace unos meses, alguna gente del barrio llama a Waleed «El Espía». El mote se lo puso el dueño del bar de abajo, un mesonero para quien cualquier iraquí que viva en España solo puede dedicarse a espiar para la causa árabe. Alegrementemente, y también irresponsablemente, afirma que el oficio de Waleed, un reconocido traductor e historiador, es una tapadera para realizar mejor su trabajo de espionaje. Por supuesto, no voy a discutir con el dueño del bar, que en demasiadas ocasiones, y esta es una de ellas, habla sin conocimiento de causa, pero lo cierto es que de forma inconsciente, casi sin darme cuenta, empecé a utilizar el verbo «espíar» para referirme mentalmente a mi antiguo amigo. Y es que Waleed, en efecto, parecía espíarme al otro lado de la puerta desde los últimos días. ¿Es que no tenía más que hacer que estar pegado a la mirilla, vigilando el rellano? ¿A quién podía esperar con tanta ansiedad?

Toda esta situación adquirió un tinte de inquietud cuando acontecieron dos sucesos en la casa. El primero, y menos importante, había tenido lugar tres o cuatro días atrás, cuando oí una discusión en árabe dentro del piso. Mi vecino siempre ha sido un hombre muy discreto, jamás en todos estos años le he oído levantar la voz, y por eso me extrañó esa conversación entre él y otro hombre, más bien

una discusión de la que naturalmente nada entendí, aunque debo reconocer que la voz del otro, lejos de resultar agresiva, parecía suave o incluso cariñosa, algo así como la que tendría un hipnotizador si se enfadase.

Y el segundo había ocurrido hacía también muy poco, una de las últimas noches de este caluroso mes de agosto. Yo había salido a cenar con unos amigos y regresaba a casa alrededor de las tres de la madrugada. Subí las escaleras tranquilamente, pensando en una posible propuesta de trabajo que había surgido en la sobremesa, y por eso tardé en observar que en mi rellano había alguien parado, sospechosamente inmóvil. Waleed y yo somos los únicos vecinos del último piso, y antes, cuando nos llevábamos mejor, a veces sacábamos las sillas en los días estivales para conversar, y hasta improvisábamos alguna cena, porque hay en el rellano una gran ventana que, cuando sopla la brisa, crea una corriente muy fresca y agradable. A mi ex amigo le gustaba esa costumbre, y más desde que le expliqué que es muy típico en Madrid, o más bien lo era en tiempos pasados, eso de organizar tertulias alrededor de los puntos más oreados de las casas.

Si esa noche yo hubiera subido con rapidez, como suelo hacer habitualmente, la persona del rellano habría advertido mi presencia, pero supongo que el azar, esa entelexia que siempre repito que no existe, quiso que fuera yo quien lo sorprendiera al realizar el giro del último tramo de escalera.

Era una silueta alta y delgada, vestida con pantalón vaquero negro y camiseta negra. Supuse que era una mujer por la melena, también negra, que le caía hasta media espalda. Se encontraba apoyada en el alféizar de la ventana, presumiblemente disfrutando del aire fresco, y su figura

componía una bonita estampa contra la luna llena, amarilla, nítida y redonda, que parecía colgada de la oscuridad de la noche. Parecía mirarla fijamente, y de su garganta, si se aguzaba el oído, surgía una extraña canción, una especie de suave gemido animal apenas perceptible, la expresión casi inaudible de una ansiedad o un intenso sufrimiento íntimo. Durante esos días se había estropeado la cerradura del portal, y el dueño, en su estrategia de complicarnos la vida, se demoraba todo lo que podía en repararla. Se había corrido la voz entre los sin techo de la zona, y en alguna ocasión habíamos sorprendido a alguno de ellos durmiendo en nuestro rellano. Por si era este el caso, carraspeé ruidosamente para que la mujer de la ventana supiera que alguien la observaba.

Giró con agilidad inesperada, como un felino a punto de saltar, y se quedó mirándome. Esas noches, precisamente para disuadir a los okupas, dejábamos encendida la luz de la escalera, y ello me permitió ver que la mujer pantera era una muchacha morena, de rasgos árabes, muy joven, tal vez catorce años, tal vez dieciséis. Sus enormes ojos negros se mostraron aterrorizados por mi presencia. ¿Por qué se asustaba de forma tan excesiva? Desconcertado, no pude evitar contagiarme de su miedo, pero ahora era obvio que no se trataba de una indigente, sino de alguna invitada de mi vecino, y por tanto la saludé:

–Buenas noches –dije, y añadí a modo de explicación que nadie me había pedido–. Vivo aquí.

Di un paso hacia mi piso, a la vez que agitaba la llave en el aire como si fuera un salvoconducto. La muchacha, presa de un repentino ataque de ansiedad o de pánico, se movió muy deprisa hacia la puerta de Waleed, como si hubiera de mí, e intentó introducir en la cerradura la llave que

sacó del bolsillo del vaquero, pero con tal nerviosismo que no lograba acertar.

En circunstancias normales, me habría acercado para ayudarla, pero intuí que eso la atemorizaría aún más, y preferí esperar hasta que logró abrir y entró.

Antes de cerrar, me echó otra mirada con sus vibrantes ojos negros, que parecían memorizarlo todo y también asustarse de todo. Sonreí y comencé a decir algo, pero se sobresaltó otra vez y cerró la puerta de golpe.

En todo el tiempo no había emitido un solo sonido, y me pregunté si sería muda. Pero enseguida recordé el suave cántico desgarrador que dedicaba a la luna cuando la sorprendí.

Los días siguientes, siempre que salía de casa y veía movimientos tras la puerta del vecino, imaginaba que eran sus ojos negros los que me espiaban. Y siempre, mientras me sentía observado antes de comenzar a bajar las escaleras, me preguntaba quién sería el árabe de la voz sedosa al que había oído discutir con Waleed y quién, sobre todo, la misteriosa muchacha que aullaba a la luna.

Esta vez me lo volví a preguntar, como siempre en los últimos días; e igual que siempre, al llegar al portal, mi cabeza ya estaba centrada en otra cosa.

En este caso, el poeta muerto de Max.

Aproximadamente media hora después, aparqué ante el cementerio de la Florida.

Muchas veces desconocemos ciertos lugares míticos de la ciudad donde vivimos, y en mi caso, el cementerio de la Florida había sido uno de ellos hasta unos meses atrás, en que hube de visitarlo por razones de trabajo.

Allí reposan los cuarenta y tres madrileños fusilados por los franceses en la noche del 2 al 3 de mayo de 1808.